DARÍO SZTAJNSZRAJBER

encuentro

MENTIRA
LA VERDAD.
FILOSOFÍA
CON EL CUERPO.

FILOSOFÍA

LA VOCACIÓN

LITERATURA

EDUCACIÓN

LA VOCACIÓN

Si algo parece no haber cambiado a lo largo de la historia es el modo en que se construye nuestra subjetividad a partir de una cantidad exasperante de mandatos. ¿Somos libres realmente cuando elegimos o en cada elección se nos juega la fuerza ordenadora de los dispositivos sociales? Un dispositivo se vuelve mandato cuando lo introyectamos, lo hacemos propio y encaminamos nuestra existencia en su dirección: en su consecución o en su falencia. La vida se nos vuelve el cumplimiento de sus expectativas. Nunca de las nuestras. O peor: convertimos las suyas en las nuestras. Desde situaciones menores como el mandato de descansar en vacaciones o pasarla bien el sábado a la noche; hasta situaciones determinantes como armar una familia, saber qué voy a ser cuando sea grande, o tener que ser feliz.

¿Qué es ser feliz? La filosofía de Aristóteles asociaba el ideal de la felicidad a cierta autorrealización: ser feliz es poder desplegar aquello para lo que fuimos destinados. Como especie, nos realizamos cuando podemos poner en juego lo que más nos define como humanos, o sea, cuando pensamos. Y como individuos singulares, se trata de poder encarnar aquello para lo que se supone que vinimos a este mundo, o sea, ser feliz es poder realizarnos en la vida. ¿Pero es esto posible? ¿Vinimos a este mundo con un propósito, con una finalidad? Y si así fuera, ¿cómo encontrar esa información? ¿Dónde encontrar la verdad sobre nosotros mismos?

La palabra vocación deriva etimológicamente de la idea de voz y tiene una clara proveniencia religiosa: escuchar la voz de Dios que no solo nos dicta nuestra verdad, sino que además nos convoca, nos elige y nos llama. La idea de una llamada es muy propia de la vocación religiosa y suele ser la clave de toda conversión: si uno escucha el llamado de Dios, no hay mucha alternativa. Hay que seguir su camino. ¿Pero qué es esa llamada? ¿Qué esa voz? ¿Qué nos revela?

En el pasaje del mundo religioso al mundo moderno, muchas ideas religiosas parecen disolverse y sin embargo continúan actuando, aunque no nos demos cuenta. Es lo que se denomina “secularización”. La clave de la secularización es que lo que parece superado, en realidad se mantiene pero de modo solapado: cambian los trasfondos, pero la matriz permanece. En este caso, la idea de una llamada se sostiene, pero sin el sustrato religioso. Sin religión, pero con metafísica. La voz a escuchar ya no es la de Dios sino la de uno mismo. La llamada se vuelve una convocatoria identitaria: el mandato de la identidad. Debo saber quién soy; o peor, parece que, aun sin Dios, vinimos a este mundo para cumplir un propósito y tenemos que descubrirlo.

De ahí que nuestra vocación sea siempre algo a ser descubierto, como si en algún lugar de nuestro ser se encontrase la respuesta última por el sentido. Y ni siquiera por el sentido de lo humano, sino por nuestro propio y singular sentido: descubrir mi vocación es comprender cuáles prácticas debo realizar en este mundo para desplegar mi identidad. La verdad de mi ser coincide con un hacer: ejerciendo un rol, una función, una labor, una profesión, voy realizándome a mi mismo...

¿Pero hay una identidad? ¿Cómo se relaciona con la vocación?
Si pensamos que la identidad es única, esencial, necesaria, definitiva, y que todo cambio supone siempre una falla o una degradación; entonces supondremos del mismo modo que la vocación es única, que es una y que es para siempre. Y así padecemos el mandato de tener que saber no solo quiénes somos, sino además padecemos la presión de creer que en la elección vocacional se nos juega la verdad misma de nuestro ser. No hay pregunta más lacerante que aquella que la que nos descargan hasta con un simulacro de afecto: "¿qué vas a ser cuando seas grande?" Como si el ser fuese algo estable, como si siempre fuésemos idénticos a nosotros mismos, como si lo importante no fuese la búsqueda...
Incluso la idea misma de una elección vocacional resulta un artificio, ya que en la pregunta no estamos eligiendo una profesión sino supuestamente descubriendo nuestra naturaleza más íntima. Esta metafísica de la vocación es tan ingenua que hasta cree que el dispositivo social en sus propuestas profesionales institucionales es un fiel reflejo de todas las manifestaciones vocacionales surgidas de modo genuino. Como si para cada llamada vocacional, hubiera una profesión que la realiza. Quiero curar a la gente, existe la medicina. Quiero enseñar, existe la docencia. Quiero redistribuir (o no) los recursos, existe la economía...
¿Y si fuese exactamente al revés?

Hay muchas formas de pensar la diferencia entre vocación y profesión, su disidencia que es siempre un impulso vocacional a la emancipación del deseo. Podríamos asociar la vocación con aquello que nos realiza en términos existenciales, ese deseo de buscarse a uno mismo, más allá de que nunca nos terminemos de encontrar. Muy lejos de toda propuesta institucional y sobre todo muy lejos de la enajenación de un sistema que nos exige el cumplimiento de roles revestido de realización personal. La vocación es la búsqueda. Por eso, es muy diferente el ir tanteando qué es lo que nos convoca en términos vocacionales; a

tener que encajar en las molduras de un sistema de trabajo que define de antemano lo que se espera de nosotros. Y para peor: que nunca coincide estrictamente con el deseo. Es que el deseo vocacional nos sume en un estado de búsqueda infinita que nunca cierra, mientras que la clave de la sociedad enajenada es justamente que no quede nada abierto.

Podemos pensar por eso a la vocación como una resistencia. Como la voz de una disconformidad que siempre nos recuerda que toda realización en el fondo es una ilusión. Como un fantasma que nos asedia para que no resignemos el deseo en las propuestas institucionales que nos enajenan. Un retorno incesante a la pregunta originaria: ¿me estoy realizando en lo que hago? Y como la respuesta siempre es no, la vocación se vuelve esa voz de disonancia que nos recuerda que toda realización es imposible.

Pero entonces, ¿qué es primero?
No se busca la identidad, sino que la identidad es una búsqueda. Nunca se termina de saber quiénes somos, pero se puede ir saliendo de lo que pretenden hacer con nosotros. No hay ninguna voz resonando en una interioridad divina, salvo la del mandato que nos coacciona, nos disciplina y nos moldea en las necesidades de un dispositivo social que primero establece sus profesiones y después acomoda las vocaciones. Se necesitan médicos, docentes y economistas porque ya hay un ensamblaje social que dispuso un cierto tipo de orden social: primero el dispositivo define los roles y después nosotros nos vamos acomodando a sus necesidades.

Y en todo caso, si hay una voz, es la de la inquietud vocacional que es siempre disonante con las instituciones. Si la vocación se reduce a las opciones que el dispositivo social ofrece en sus góndolas profesionales, entonces claramente no elegimos. La vocación es esa llamada que nos incomoda: siempre vamos a sentir que lo que elegimos no nos alcanza. Nuestro deseo siempre va a chocar con el intento institucional de su encorsetamiento; o dicho al revés: nunca nuestro deseo de realización va a encontrar su cauce en un sistema cuyo propósito esencial es la administración de ese deseo. La vocación, como todo deseo, no cierra: abre.

Y entonces, ¿qué vas a ser cuando seas grande?
Lo mismo que ahora, lo mismo que siempre me convoca: voy a seguir buscando...

MENTIRA LA VERDAD. FILOSOFÍA CON EL CUERPO.

CAPÍTULO: LA VOCACIÓN

https://www.youtube.com/watch?v=Jxlvauqy2fI&list=PLZ6TIj4tHEIu8WJ6RxMGdLU-mRXD_GVVk&index=5&ab_channel=CanalEncuentro

CONTENIDOS PÚBLICOS | SOCIEDAD DEL ESTADO

encuentro